

CRÓNICAS MONACALES

Cuando terminé de escribir unas **Crónicas del Caribe** relatando mi experiencia en Cuba, donde estuve trabajando para una cadena hotelera española durante un año aproximadamente, se las envié a mi hermana Sonia y a otras personas de confianza para que me dieran su parecer, pues a pesar de que me gusta escribir relatos cortos, no era consciente de que mis escritos últimamente resultaban del agrado de mis generosos lectores. Sonia me decía que el seudónimo de "**Carolo**", con el que firmaba mis crónicas, le sonaba a maricón, a mariconzón digo yo (curiosa palabra que pronunció no hace muchos años Fidel Castro por la radio cuando le quisieron tomar el pelo desde el extranjero), así es que pensé que si le explicaba de dónde venía tal nominación, pues quizás cambiara de opinión y esto fue lo que escribí:

"Ya veo que te has empleado a fondo en la sana crítica de mi libelo cubano. Muchas gracias por todas tus alabanzas y tu exhaustivo "estudio" del panfleto caribeño.

Lo de Carolo, en efecto, podría tener un tufillo amariconado, yo no había caído en ello, pero si te explico de dónde sale, comprobarás porqué a los demás no nos huele a tal:

*Resulta que Diana, mi mujer, me llama **Carolo**, aunque lo cierto es que lo de **Carolo** ella lo copió de un cura llamado D. José, que se desempeñaba como párroco en un pueblo cacereño y, además, era confesor de almas en pena que habitaban (no que vivían, porque vivir, lo que es vivir, sólo vivía el padre Prior o la madre Superiora) en un convento cerca de aquel pueblo de Extremadura, situado en el Valle del Jerte llamado Cabezuela del Valle (donde se dan una cerezas estupendas allá por el mes de Abril) que a su vez es casi frontero con otro valle aldeaño denominado de la Vera, en donde existe un pueblo llamado Cuacos de Yuste (tierra del pimentón y de buen tabaco), más conocido en la historia por ser la sede en donde se encuentra el monasterio de Yuste, real sitio donde fue a parar el insigne Carlos I de las Españas y V de Alemania (antes Flandes y otros reinos del norte), de tal forma que, con esos ingredientes y a modo de remembranza, al difunto "pater" se le ocurrió llamarme **Carolo**, haciéndome honor de la mano de aquel dilecto emperador que había señoreado por aquellas tierras de Dios, y, con la nominación latina, aunque vulgar, del insigne Rey me quedé, y aquí me tienes, firmando con seudónimo para guardar el anonimato de unos escritos que podrían ser entendidos como conspiratorios por parte de impertérritos "revolucionarios salva patrias" allende los mares.*

Visto así, digo yo querida Sonia, que ya no suena tanto a culandrón, más bien pasa a tener un regusto ilustrado, parece que sabe a grandeza, a insigne; en fin, eso es lo que hay, aunque también podría pensar en firmar con el seudónimo de Karol, que es lo mismo, pero en polaco, y así mi aureola se regocijaría en loor de santidad, pues al difunto Woytila no le importará que compartamos para la eternidad un nombre que, mira por dónde, también puede confundirse con el género femenino, pues me recuerda, así, a bote pronto, al "viaje de Carol", que era una chica la mar de valiente y atrevida. Aparte me queda también Karl, pero eso sonaría más bien a marxista y no es necesario significarse tanto. Como veras, todo en la vida tiene su aquel y nunca llueve a gusto de todos.

*No obstante, para evitar suspicacias, querida hermana, retornaré al seudónimo de **Carolus** que ya he utilizado en alguna ocasión y así nos situamos en el terreno neutral del latín clásico, pues a pesar de que he visto labrado en piedras ambos nombres, el de **Carolo**, sin la U y la S, no deja de ser una vulgarización medieval del nombre original en latín: **Carolus**.”*

A partir de aquí, se me ocurrió continuar relatando la historia con los pasajes que buenamente me vinieran a la memoria, e igual que pasa con lo del comer y rascar, pues todo fue empezar:

LA CASA DE SAN JOSÉ (Josefinas Trinitarias)

Cabezuela del Valle (Cáceres)

Ese cura aparece en mi vida porque yo iba a estudiar las oposiciones a Jueces y fiscales del Estado a un convento de monjas Josefinas Trinitarias que había en lo alto de un cerro con unas vistas preciosas sobre el valle del río Jerte, llamado “Casa de San José”, muy cerca del pueblo de Cabezuela, en donde, además, teníamos una familia amiga que en su día conocimos en Madrid. El referido curador de almas acudía al convento a dar la misa diaria y, de paso, llevaba la ropa sucia para que se la lavase Sor María Luz, la abadesa o Madre superiora de aquel cenobio, remanso de dulzura y sosiego, habitado por ocho monjas, todas atentas y generosas, incluyendo la hermana portera, cascarrabias de segunda ocupación, a quien todo le parecía mal, excepto lo que hacía mi hija Sara de pequeña, pues una vez, cuando se quedó sola en el jardín, se comió todas las fresas que con tanto desnudo había criado Sor María José, que aparte de hermana costurera hacía sus pinitos en la huerta, y fue Sor Cascarrabias quien ocultó para sí tamaño despropósito de una niña inquieta que de vez en cuando acudía con su madre a visitar a este lego irredento, que con mucho esfuerzo y poca fe se dedicó a pernoctar en casi todos los monasterios de España con el fin de aprovechar para el estudio todas las horas del día que sólo sitios como éstos facilitaban al ingenuo opositor.

Aquel remanso de paz y de toponimia, estaba presidido por la portentosa personalidad de la Abadesa, pues era una mujer muy significada y joven, con una vitalidad extrema, y por tanto, muy inquieta e incansable y con una obsesión permanente por servir a los demás, sin interés alguno; era simplemente una máquina cargada de fe y de esperanza, que transmitía por donde andaba una especie de inquietud optimista, repleta de buenas intenciones y ausente de pereza. Se trataba de una persona normal, esbelta, de mediana estatura, es decir, era más bien alta que pequeña, delgada, pecholata, altiva y la verdad es que, sin ser fea no era precisamente guapa; frisaba creo yo los cuarenta años bien trabajados y sufridos, gastaba una mirada limpia y sincera, y poco más se puede decir de un ángel viviente, que vestía con faldas hasta los tobillos y andaba tocada con lo que más bien parecía una cofia con vuelillos que envolvía todo el pelo e impedía comprobar su calidad y color, pues a su edad bien podría estar alumbrando alguna cana prematura difícil de descubrir; su cara mostraba una piel tersa, blanca como la leche, sin ser pálida, con ojeras más o menos pronunciadas dependiendo del día y de la hora y sin arrugas perceptibles. Nunca supe pues adivinar su edad con certeza, pues el tocado no dejaba entrever con nitidez todas las facciones de una cara sufrida y parcialmente oculta y un cuerpo no exento de caderas pronunciadas y discretamente prominentes.

Sin duda, no era fácil sobrellevar con natural belleza y ausencia de vanidades terrenales, una vida tan esforzada como la de aquellas domnas virginales o quizás sí, pues vaya Usted a saber

cuál de ellas no había probado a esas alturas de la vida el natural bocado de la lujuria y de la vida mundana. Quiero pensar que alguna de éstas últimas habría entreverada en ese excelso grupo contemplativo, que venía a recogerse o a refugiarse en la soledad de un convento aparentemente abierto a todas las vocaciones, que acogía generosamente y sin ningún miramiento, almas penitentes para dedicarse al servicio de Dios padre todopoderoso; si bien, no descarriadas, sí algo desprotegidas o desengañadas de la vida, pues una de ellas presentaba claras señales en los brazos de haberse cortado las venas a la altura de las muñecas, quizás producto de algún desengaño amoroso o revés sentimental de esos que a mucha gente les afecta en exceso y les cambia la vida.

Nunca supe si aquellas gentes de retiro y oración, y hablo de todos los monasterios por donde anduve, unían a su trabajo la penitencia secreta de los ayunos y cilicios, para mitigar y sosegar las pasiones del alma y las rebeldías del cuerpo, que son una lima, aunque sorda, muy penetrante a la salud corporal y espiritual. Cuando se habla de “*vocación*”, entiendo que nos referimos a “*preferencias existenciales del ser humano*”, así es que resulta difícil, aunque no imposible, imaginar aquellas almas encerradas, viviendo exentas de tentaciones libidinosas y pensamientos pecaminosos en el más puro sentido místico del término, afrontando la vida de relación en medio de tópicos caducos y reservas espirituales tan contradictorias, que un espíritu ya de por sí atormentado ha de guardar “*sine die*” para sus adentros en el diario vivir terrenal, mientras espera pacientemente o quizás no (que se lo pregunten a Santa Teresa de Jesús) la fecha y la hora de la salvación eterna:

“Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero. / / ¡Ay! ¡Qué larga es esta vida! / ¡Qué duros estos destierros, / esta cárcel y estos hierros / en que el alma está metida! / Sólo esperar la salida / me causa un dolor tan fiero, / que muero porque no muero.”

En fin, aquella Abadesa se encargaba de toda la marcha del convento, de los visitantes, que en el fin de semana eran numerosos, pero es que además, guisaba para todos, casi sola, con la ayuda de aquella hermana cofrade que llevaba las señales de la angustia y la desolación en las muñecas, de cuyo nombre no me acuerdo; pero me llamaba mucho la atención lo rápido que hacían las cosas y lo limpias que se mantenían las instalaciones, pues no había quién la siguiera en el ritmo, en la estrategia y en la resolución tan determinante para aviar en segundos todo lo concerniente a la hora del desayuno, almuerzo y cena; en fin, insisto, era un motor incombustible que trabajaba de sol a sol y llegada la noche, yo comprobaba que era la última en retirarse a sus aposentos, pues tenía el detalle de venir a saludarte para darte las buenas noches todos los días; y para eso hay que valer amigos lectores. ¡Qué vocación de servicio y qué ganas de agradar tenía aquella monja en el alma!

¿Cuál era el problema? Porque en esta vida siempre hay un problema que te impide triunfar o por lo menos pasar desapercibido, que creo que es lo que todos los triunfadores anónimos quieren; pues muy fácil, que Sor Mariluz estaba anticipada a su tiempo. Era una monja moderna, cargada de valores contemporáneos y casi revolucionaria para aquellos tiempos que le tocó vivir. Ella huía de los tópicos conventuales, del rigor eclesiástico y de todas las tontunas mojigatas que se instalan en la mente de los creyentes y de la misma institución que representaba, para lanzarse con espontaneidad, perseverancia y fe en lo que su mente

despierta e inquieta le mandaba, que no era otra cosa que propagar los valores de su creencia religiosa, pero conectando con la sociedad del momento y, quizás, rompiendo moldes y removiendo tapujos odiosos que ella no aceptaba.

A mí, por ejemplo, cuando fui a reservar una estancia de más o menos quince días, me recibió de buena gana, con las reservas que todo este meneo de alojamiento extra hotelero y pasajero aconseja; claro que yo me hice acompañar de mis amigos de Cabezuela, dígame el bueno de Severo, que era un amigo entrañable, su madre Anastasia y su marido Venancio, gentes del campo, encantadores y serviciales que en su día, como ya dije, había conocido en Madrid.

Sor Mariluz, al analizar mi circunstancia de modesto opositor a jueces y fiscales del estado, abogado en ejercicio y director de empresas de reconocido prestigio, no dudó un solo momento en darme una de las dos mejores habitaciones que había en aquel convento, reservadas a visitas ilustres, que esporádicamente acudían a aquella venerable instalación, y de todo lo cual, en efecto, fui testigo y protagonista como luego se dirá. Aquella habitación estaba incluida dentro del claustro reservado a las monjas, sólo que tenía una entrada independiente, pero se comunicaba con el resto de la instalación. Era una estancia pequeñísima, con muy pocos metros, un cuartito de baño minúsculo, una mesita en donde no me cabían los libros, atriles y demás parafernalia documental, así es que, a los pocos días, esa monja sensible, cargada de inteligencia y generosidad me sugirió la posibilidad de subir al punto más alto del edificio en donde a modo de almena había una terraza formidable, cubierta con un techo o cobertizo de uralita, pero totalmente abierto al aire libre, en donde se estaba de maravilla en el verano y se disfrutaba de ciento ochenta y nueve grados de vistas inconmensurables.

Una vez instalado en aquella almena privilegiada, yo decía para mí: *“En efecto, con esta monjita a mi favor, vino Dios a verme”* y allí me teníais todos los días, cumpliendo mis catorce horas diarias de rigor, pegado a los libros, intentando memorizar estúpidamente no sé cuantas páginas que luego, por sorteo, debías regurgitar oralmente ante un tribunal de sabios, todos ellos conchabados y dispuestos a aprobar a sus pupilos preferidos o recomendados, entre los cuales no estaba yo, pues era un ingenuo ciudadano, que por aquellos tiempos, creía que las cosas discurrían según eran publicadas en el Boletín Oficial del Estado, hasta que un buen día mi madre, que no era monja ni superiora de nada, me dijo que estaba perdiendo el tiempo, que en el país del Lazarillo y de la picaresca, en esas cosas o se tenía enchufe o tenías que perseverar hasta la saciedad para que, quizás, por aburrimiento, te aprobasen en alguna intentona de tantas a las que habías de comparecer, tal y como en efecto le ocurrió a un amigo como luego se sabrá.

En efecto, mi madre acabó llevando toda la razón, pues aparte de mi orfandad en el necesario por no decir imprescindible apadrinamiento, cuando me decidí por emprender el arduo y desolador camino de las oposiciones al Estado yo ya tenía veintinueve años, estaba casado y tenía una niña pequeña que mantener, con lo cual, ya iba tarde, pues lo cierto es que para todo en la vida hay una edad y un momento idóneo y, ni que decir tiene que, además, siempre hay que contar con la suerte, pues también existe, y en mi caso, por desgracia, carente de todos esos ingredientes y quizás de alguno más, después de tres intentonas frustradas, terminé por abandonar.

En mis sucesivas visitas a la “*Casa de San José*”, tuve ocasión de conocer y compartir con el Señor Obispo de Coria-Cáceres, persona joven, muy dispuesta e interesante, que con cierta regularidad y sin sotana, pasaba a visitar a aquellos ángeles terrenales que habitaban ese castillo de virtudes teologales. Sor Mariluz, ante tan ilustre visita, sorprendía a los visitantes con una compañía más o menos distinguida y, según ella, a la altura de esas dignidades intelectuales que la visitaban, y ni corta ni perezosa, mandaba a darme voces por el hueco de la escalera para que bajase de mi atalaya porque “*teníamos visita*”. Cuando digo esto de que teníamos visita, lo digo porque lo cierto es que yo ya formaba parte de esa familia monacal, pues en temporada de invierno, entre semana era el único huésped que habitaba aquellas instalaciones y Sor Mariluz me invitaba a compartir la mesa diaria en el claustro reservado únicamente para la comunidad religiosa, con el fin de no dejarme solito comiendo en un salón grandísimo, que además se encontraba cerrado, y, allí estaba yo, modosito y muy recatado, yantando en silencio, rodeado de hábitos y tocas virginales.

Con el obispo compartíamos, como dice el chiste “*mi café, mi copa, mi puro y mi Rosario*”, pues Rosario, perdón, quiero decir Sor Mariluz, nos servía un vaso de whisky con hielo bastante generoso y así pasábamos junto con D. José y algún otro acompañante, un buen rato en relajada conversación conventual.

Pasando los días, tuve ocasión de conocer al deán de la catedral de Plasencia, un ilustrado funcionario eclesiástico con quien tuve la oportunidad de compartir algunas tardes de aquellos días en los que venía de visita y pernoctaba en aquella abadía de peregrinos grupales que llenaban las instalaciones, sobre todo en fin de semana, con visitas de colegios y demás viajeros que venían a hacer ejercicios espirituales guiados por los más variados ministros de la santa fe católica y apostólica.

El Deán era una persona bajita, amable y muy versada en el arte medieval y arquitectura en su conjunto; era de aquellos curas de sotana negra y misal en las manos. No me acuerdo de su nombre, yo creo que se llamaba D. Pedro, en otro caso, tal y como vengo haciendo, lo mencionaría con total certeza; lo cierto es que en una ocasión, amablemente nos invitó a visitar la catedral de Plasencia, acompañado de mi mujer y de mi hija, y lo hizo con tal detenimiento y dedicación, que pasamos toda la mañana y parte de la tarde recibiendo la cátedra minuciosa de aquel cura emocionado que no paraba de resaltar los valores artísticos y espirituales de aquel hogar de culto y tradición, con tan mala suerte para mí, que él, presumiendo de buena fe y con razón que yo era letrado y por demás versado en leyes, debía comprender y leer de corrido todas las inscripciones en latín que aparecían en el exquisito recorrido de aquel monumental y santo edificio, cuando lo cierto es que para estudiar derecho en mis tiempos ya no era necesario saber latín, pues había pasado a ser una asignatura opcional. A partir de allí comprendí que mi asignatura pendiente era el Latín y, hoy por hoy, recordando aquella experiencia, vengo preocupándome poco a poco de rellenar aquel vacío intelectual que ese santo varón no supo disculparme, pues como digo, él estaba en la falsa creencia de que no se podía estudiar Derecho sin tener conocimientos de latín, es decir, el buen hombre se había quedado en los tiempos docentes del Trivium y el Quadrivium medieval.

La madre abadesa y el deán se llevaban muy bien; no sé cuál era el grado de amistad que los unía, lo cierto es que yo los oía cuchichear muy pronto por la mañana en la celda del santo

varón, con la puerta abierta, claro, porque él tenía que marcharse muy pronto para llegar en buena hora al obispado de Plasencia que estaba a unos treinta y cinco kilómetros de distancia aproximadamente. Ella le preparaba el desayuno e incluso lo acompañaba hasta el coche para despedirlo con cariño. Nunca alcancé a calibrar el grado de afecto que mantenían y mucho menos si hacían “chikichiki”, como dice mi buen amigo Emilio, pero lo cierto es que pasados unos meses, nos enteramos con sorpresa que a Sor Mariluz la trasladaron para Chile.

No volví a saber nada mas sobre aquella portentosa priora, a pesar de que tenía un hermano en un pueblo de la provincia de Ávila de donde eran originarios y de cuyo nombre ahora no alcanzo acordarme, a quien visité en una ocasión cuando regresaba del convento hacia mi casa para llevarle una encomienda de parte de su hermana. Recuerdo que vivía junto con su mujer e hijos en una casita muy bonita, con parcela incluida en donde, además, tenía otra casita pequeñita que utilizaba para ahumar las carnes de la matanza; aquello resultó para mi interesante y novedoso, pues a pesar de que todos conocemos bien los diferentes productos ahumados, nunca había visto ese proceso, así es que allí estuve un buen rato preguntándole todo lo atinente a aquella tecnología casera destinada a conservar mediante el humo de la leña los alimentos cárnicos desde tiempos inmemoriales.

Salvo estos casos, en los monasterios de monjas, sólo quedaba el recurso de entablar conversación con el cura que atendía las necesidades de culto de tales instituciones, cuyas moradoras sólo se dedicaban a la *"salus animarum"* y a poco mas, así es que aquel cura (aquí también me viene a la mente el arcipreste del monasterio de Valfermoso de las Monjas en la provincia de Guadalajara, muy entendido en el arte románico de aquella zona) también deseoso de hablar de otras cosas y ávido de cotilleo mundano, se arrimaba al desolado opositor a la hora de comer en busca de cháchara y buen cotarro, de tal manera que, con el paso del tiempo y ante mis reiteradas visitas, creció una especie de complicidad amistosa con el difunto D. José, que duró toda la vida, pues con cierta frecuencia, pasada ya la época de oposiciones, íbamos a Cabezuela de visita y allí me lo encontraba, después de comer, jugando a las cartas con sus feligreses en el bar del pueblo.

Recuerdo que el bueno de D. José tenía la fea costumbre de no lavar la sotana, portadora por tanto, de un olor a tigre insoportable, motivo de discusión permanente con Sor Mariluz, que se desesperaba con él porque el muy güarrete insistía en repartir ese olor a muerto entre las cautivas moradoras que sufrían en silencio las arremetidas implacables de los alerones infectos de aquel cura de marras. ¡Que en paz descanses amigo José y que Dios te tenga en la gloria!

MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE EL PAULAR (Benedictinos)

Rascafría (Madrid)

También hice amistad con otros muchos pastores de la iglesia monacal, que empezaron a contarme todos los cotilleos e intimidaciones de aquellas gentes bienintencionadas, no exentas de problemas y tribulaciones variadísimas, aparte de despachar con ellos, de paso, todo tipo de consultas jurídicas, que aprovechando la ocasión, hube de evacuar por el módico precio de *"Dios se lo pague"*. Incluso llegué hasta el punto de que, en una ocasión, estando en este Monasterio de Santa María del Paular, a ruego de D. Ildefonso, padre Prior, hube de asistir a un juicio de faltas, en calidad de abogado defensor del padre Mateo, un monje vasco francés

de "tomo y lomo", regordete, rollizo y mofletudo, que fungía como hospedero de aquella preciosa instalación monástica, quien ni corto ni perezoso, un día por la mañana, muy temprano, se arremangó la sotana y le arreó desde abajo, rotundos tablazos en todo el lomo a un hópite que pretendía escaparse de la hospedería sin pagar y, además, al parecer, se llevaba no sé qué reliquia consigo, con tan mala suerte para el inquilino que no pudo escapar del merecido castigo que el ínclito cura, bajito él y rebosante de mala leche, le propinó en las espaldas y por sorpresa, cuando transitaba despacio, sigiloso, pero confiado, por las bóvedas del único pasillo que entre tabas y canto rodado conducía a la salida del santo recinto.

Con las espaldas aún ardiendo, muy decidido, el cleptómano y cínico peregrino no dudó en denunciar a su reverendo agresor ante las autoridades policiales del pueblo vecino, quien transcurrido un tiempo, no tuvo más remedio que asistir en su día al pertinente juicio de faltas, el cual, resultó un desastre, pues el venerable justiciable, cargado de razón, pero sobre todo de pasión y con el favor de la Virgen María santísima, en su afectado acento francés, no dejó hablar a nadie, se defendió él solo a voces y lo único que pude hacer como abogado fue convencerlo para que de buena gana abandonase la sala, *¡Laus Deo!* no fuera a ser que en medio de los gritos, su Señoría nos condenase a ambos: a él por impetuoso e impertinente y a mí por incauto e ingenuo defensor, pensando que un monje de ese caletre es todo bondad y obediencia, cuando lo cierto es que a ese cura no le faltaron fuerzas para despotricar voz en grito todo lo que le vino en gana con el fin de cagarse en la madre que parió a ese ladrón que tenía delante del estrado y de paso en todos sus muertos.

Metidos ya en harina, voy a contar gran parte del resto de esta historia que comenzó a mediados de los años ochenta, que fue cuando decidí dejar la empresa privada, quedarme con mi despacho de abogado e intentar con ahínco el camino desolador de las oposiciones al Estado, todo ello por consejo de un amigo entrañable, hoy fallecido prematuramente, que al igual que mi profesor de Derecho procesal, D. Julián, Magistrado del Tribunal Supremo, no sé qué capacidades ocultas me vieron para que insistieran en que lo mío era el camino de las oposiciones y, sin más, con alguna reserva y muy decidido, emprendí ese reto tan difícil pero no imposible y comencé a ir a casa de D. Julián todas la semanas, con el dale que te pego a recitar los temas que buenamente podías llevar metidos en la mollera para cantar uno de ellos por sorteo ante el insigne preparador y delante de los demás compañeros.

Aquella aventura me resultó verdaderamente árida, la desgana y el escepticismo cundió en mi fuero interno después de varios meses de intentona fallida y, un buen día, decidí no volver, con la extrañeza sobrevenida de todos y el disgusto de mi amigo José Luis, que más pesado que una vaca en brazos, insistió hasta la saciedad en lavarme el coco para que retomara mis andanzas opositoras, esta vez con una persona muy especial para él y muy entrañable para mí, pues se trataba de D. Cándido, Teniente fiscal del Tribunal Supremo a la sazón, quien por recomendación suya, me abrió las puertas de su casa y allí estaba yo, vuelta al redil con los temas de oposición, metido en la más rigurosa y desoladora iniciativa que ser humano pueda echarse a la cara.

Por fortuna D. Cándido, sabedor de tales sinsabores, de vez en cuando nos daba una breve charleta de moralina perseverante para que en épocas de crisis aguantaras todo lo que

quedaba por delante, como luego se dirá, y entremedias, su queridísima y cariñosa esposa Dña. Celita, que era una señora rebozante de dulzura, aparecía de vez en cuando con unos dulces muy conocidos llamados *“frutos de Aragón”* que hacía las delicias de todos los circunstantes y que a mí me encantaban; así pues, entre la perorata del preparador y aquellas delicias aragonesas de su generosa mujer, pasaban dos tardes semanales y por supuesto todo un año largo y soso sin más noticias que las de esperar la convocatoria del Ministerio de Justicia que de un momento a otro habría de llegar.

Recuerdo con especial atención que D. Cándido, por aquellos tiempos, llevaba todo el peso de los procesos penales del famoso golpe de Estado, y se me quedó muy grabado en la memoria y por tanto en la ética de mi comportamiento profesional, la prudencia y el recato con el cual él llevaba toda esa faena tan delicada y laboriosa, pues nunca le escuchamos en su despacho privado un solo comentario sobre la marcha de aquel proceso tan sonado.

Pues bien, continuando con El Paular, lo cierto es que a mi amigo Mateo le gustaba mucho hablar de lo suyo y de otras muchas cosas mundanas, así es que el buen monje, en cuanto podía, en el monasterio se saltaba a la torera el voto de silencio y no digamos el lema benedictino *“Ora et labora, Deus adest sine mora”: reza y trabaja, Dios ayuda sin demora, o este otro de San Agustín “Sit vobis anima una et cor unum in Deum” : Sed un alma y un corazón en Dios;* y en consecuencia, nos encerrábamos en su oficina después de completas a cotillear de lo lindo de todo cuanto acontecía en el Monasterio y en el mundo mundial, y no dejábamos títere con cabeza en medio de la fumarreta de tabaco negro y algún que otro vasito de güisqui que yo le llevaba para agradecerle su especial acogida y amistad; lo malo era que en pleno invierno, a 10-12 grados bajo cero, el cura fumaba con la ventana abierta y esa oficina (que era una celda más, con teléfono, contigua al resto de ellas), era un congelador en toda regla, así es que aprendí que para esas ocasiones tenía que asistir arropado con abrigo, gorro y bufanda y, por supuesto, ni qué decir tiene que en mis sucesivas visitas con pernoctaciones prolongadas, no podía faltar de regalo la preceptiva remesa de dos paquetes de tabaco negro marca Ducados, creo recordar, y una botellita de lo que fuese. Él era muy aficionado a las setas, así es que en una ocasión, le sorprendí gratamente regalándole también dos libros sobre setas y no hubo persona más contenta que él en ese Monasterio durante todo el tiempo que pasé con ellos.

Quiere decirse pues, que el padre Mateo estaba más del lado de aquel lema monástico que reza *“Dilige, et quod vis fac”:* ama y haz lo que quieras, propio de las órdenes agustinas, que no de los votos benedictinos de pobreza, soledad, silencio, obediencia, abstinencia de comer carne y sí del de castidad, que para mí, era el único que cumplía, sobre todo por la edad, aunque el de abstinencia de carne, creo recordar que es más propio de las órdenes cartujanas.

En una ocasión, después de completas, reunidos ambos en su despacho, el cura Mateo me contó confidencialmente un episodio más bien triste, en donde se comprueba lo difícil que es la convivencia humana aunque sea en loor de santidad, ocurrido entre dos monjes que a voz en grito esgrimieron el letal acero que alcanzó sin consecuencias graves a cortar el aire en una estancia cargada de odio y desesperación. Se trataba de una discusión entre el padre Bernardo, ecónomo, y el hermano Javier, agricultor, pues tiempo atrás ya venían enfrentados a raíz de las compras que el ecónomo realizaba en detrimento de la producción del monje

horticultor que, además, adolecía de semillas y otros componentes propios de su oficio, pues el único modo de obtenerlos era a través del recio y amarrado monje administrador. No recuerdo muy bien los entresijos de aquel enfrentamiento, ni tan siquiera quién los separó o más bien quién los salvó de aquel trance, pues lo cierto es que la enemistad se instaló para siempre entre ambos creyentes y tan siquiera la fe ciega en Cristo, los Ángeles, Arcángeles y Querubines, fieles guardianes todos ellos de la armonía del universo y de todos sus habitantes, pudo retornarlos al redil de la convivencia pacífica.

El padre prior, un casto varón, medianamente ilustrado y culto, se ocupó de celebrar misas, jaculatorias, plegarias y encomiendas a la Virgen María Santísima con oración, arrepentimiento y penitencia, previa confesión de pecados y purga de culpas, y todo ello regado con hisopazos de agua bendita y nubes de incienso a discreción, buscando la reconciliación de ambos contendientes, pero todo fue en vano, nunca llegó.

Este fatal episodio que acabo de relatar resumidamente, lo identifiqué con el nombre de **“El cisma del Paular”**, algo que cuando se lo contaba a mi padre, le hacía mucha gracia, entre otras razones, porque al relatárselo, yo intentaba ponerle algo de pimienta y gracejo con el fin de arrancarle unas carcajadas en medio del silencio monacal que nos constreñía a reír entre dientes, o sea, casi con el estómago, con esa risa contenida que al final obliga a inclinarte hacia delante porque ya no soportas más la presión del aguante que sufren las tripas. La verdad es que resultaba chocante que en medio de tanto silencio, recogimiento y sosiego, tanta fe en Dios, resignación y aparente bondad espiritual, ocurriesen esos episodios tan trágicos entre personas condenadas a vivir juntos de por vida.

Tengo que decir que mi difunto padre, disfrutó mucho aquella estancia de dos días con sus noches en ese monasterio, pues él, como buen emigrante español retornado, venía de América, es decir, de la modernidad, y aquel ambiente, modos, formas y maneras de vida tan esquemáticamente medievales le impactaron mucho; pero sobre todo, tuvo ocasión de comprobar en carne propia, que todo aquello que en su momento había escuchado, leído e incluso visto en la televisión o en el cine, aún existía en la realidad del siglo XX y muy cerca de Madrid, en donde vivíamos, y en donde por fortuna sigo viviendo con gusto, a pesar de la serie de incomodidades que debes soportar viviendo en una gran urbe europea, cuya mejor definición, dicho sea de paso, la escuché un día en un clásico del cine español, cuando le preguntaron por la capital del reino a un paleta de un pueblo cercano que al pronto la reconoció diciendo que: *“Es un sitio donde te ponen multas.”*

La hospedería que regentaba el padre Mateo era más bien pequeña, se componía de doce celdas que habían reformado, sacando dos por una de las antiguas, tenían su ventana que daba a la parcela, una camita muy mala, un lavamanos y una mesa con un flexo y una silla, las duchas y los servicios eran comunes; por la tarde, se agradecía la calefacción central que alimentaba un empleado llamado Tito, alto, gordo y tripón, que se encargaba de ciertas cosas tales como recados, calefacción, averías, Etc. pues él vivía en el pueblo vecino de Rascafría y, con el paso de los años, me enteré que el jodido competidor construyó un hostel con bar y restaurante a la salida del pueblo, el cual tuve ocasión de visitar pasado el tiempo.

Las celdas originales eran estancias más bien grandes, de dos plantas y con parcela individual, estaban provistas de un ventanuco con torno hacia el interior, es decir, dando al claustro, por

donde le pasaban las cosas al monje penitente y él entregaba a su vez los productos de su huerta para recibirlos luego elaborados a manera de sustento.

En El Paular, los monjes, unos eran curas ordenados sacerdotalmente y por tanto podían celebrar la misa y otros eran simples legos denominados hermanos. En mis tiempos, y repito que estamos hablando de los años 1986 en adelante, la mayoría eran más bien mayores, pero de vez en cuando se veían caras nuevas que ingresaban e intentaban agotar el período de prueba impuesto por la Regla, antes de *pasar a ser fijos en la plantilla de la salvación eterna y de la sopa boba*. Todos se distribuían las tareas del recinto, que eran múltiples: existía el padre Prior que también fungía como bibliotecario; era un hombre recatado, serio y más bien triste, cargado de doctrina eclesial y de buena fe. El padre ecónomo, reverendo Bernardo (no del Carpio, insigne inquisidor medieval, manque se le parecía), era grandote, rechoncho y con cara de bruto, a quien los huéspedes llamábamos “*Sandeman*”, pues se parecía un montón a aquella silueta que aparecía en la etiqueta de las botellas del vino de Oporto del mismo nombre; conducía un campero Land Rover alargado, con capacidad para doce sotas, en el cual iba a hacer la compra semanal y con el que se transportaban todos los monjes en sus esporádicas salidas. Estaba también el hermano Eulogio, era una persona alta, delgada, joven y alegre, se desempeñaba como encargado de la liturgia y guía turístico de las instalaciones, que eran visitables, previo pago de una entrada. También estaba el hermano hortelano, Javier, madurito, bajito, fuerte y de piel curtida, junto con el hermano porquero, Francisco, delgado, encorvado, muy envejecido y con gafas al más puro estilo del “*manolito gafotas*” de Elvira Lindo, quien se encargaba de los cerdos, gallinas, conejos y palomas; y, finalmente estaba el hermano tendero, Manuel, una persona de mediana edad, pausado y algo distante; porque a la entrada había una tienda donde se vendían recuerdos y productos variados que a su vez ellos compraban a terceros, pues allí los monjes no manufacturaban nada, pero la tienda daba buenos ingresos, junto con la hospedería, las propinas turísticas y las dádivas de creyentes y amigos de la casa, que se metían la mano al bolsillo pensando ingenuamente que esas comunidades monásticas eran pobres de solemnidad cuando lo cierto es que allí no faltaba de nada.

Tiempo atrás, los monjes tuvieron una fábrica de quesos de muy buena calidad, que luego desapareció, a la cual tuve oportunidad de ir en varias ocasiones, allá por los años setenta, a comprar quesos en compañía de mi amigo y compañero de estudios de hostelería Patxi, quien me invitaba a su casa en días festivos y durante algunos fines de semana, pues su padre tenía un bar-restaurant en un pueblo cercano al otro lado de la sierra y, cuando mi amigo regresaba de Madrid para ayudarlo en el bar, lo mandaba con frecuencia al monasterio para adquirir género aprovechando las ventajas de los precios de fábrica. Nunca pensé que el destino me tenía guardado un retorno tan curioso e intenso como el que luego me sucedió en aquel monasterio.

Mi amigo Patxi murió muy joven, pues pasados algo menos de dos años, después de haber terminado nuestros estudios de Turismo en la Escuela de Hostelería y Turismo de la Casa de Campo de Madrid, su padre le compró una moto de trial muy potente y a los pocos meses, habiendo salido de su casa por la noche, camino de Guadarrama, se estrelló contra una vaca que no vio en medio de la carretera; fue tal el golpe que el animal murió en el acto y él estuvo agonizando en el hospital de La Paz durante más de tres días hasta que murió. Aquella noticia

fue para mí muy traumática, pues había perdido a mi mejor amigo y, además, por mi parte, nunca había visto un muerto, así es que lloré su muerte desconsoladamente, hasta que mi madre me explicó que esas cosas ocurrían con frecuencia en el diario vivir de la humanidad y lo que pasaba es que yo era un neófito en esas lides funerarias, de tal forma que de ahí en adelante debía acostumbrarme a vivir situaciones parecidas a lo largo de mi vida. Aún así, todavía, pasados muchos años, de vez en cuando lloro la muerte de mi buen amigo Patxi y recuerdo a toda su familia, con quienes compartí muchos años de sincera amistad después de la muerte de su querido hijo.

Aparte del mencionado Tito, desleal competidor de lides hospitalarias, también había en aquel monasterio más personal laboral, como la cocinera, una señora del pueblo, gorda y más bien fea, quien además, les lavaba la ropa y no guisaba mal, lo que pasaba es que el padre Bernardo, *Ecónomo de oficio y tacaño de beneficio*, compraba lo más barato posible y aquella mujer hacía lo que podía con esa compra que aún siendo abundante no era de la mejor calidad, excepto el vino, un clarete delicioso que el orondo cura ecónomo compraba al por mayor en garrafas de cristal de dieciséis litros envueltas en mimbre, en un pueblo de Ávila llamado Cebreros. ¡Qué vino tan rico! De allí era oriundo el difunto D. Adolfo Suarez González, ex presidente del gobierno de España.

Yo contaba las horas entre rezo y rezo esperando con ansia las de comer y cenar, para escanciarme el preciado líquido hasta el mismo borde del vaso , es decir, *"hasta que se ahoguen los diablillos"*, tal y como decíamos en los monasterios, pues antes, los vasos eran jarritas de madera que en el borde superior, por dentro, tenían incrustadas unas figurillas de marfil que eran unos diablillos con tridentes, cuyo objeto era recordarle al mortal sufridor o beodo penitente, sobre el peligro del exceso con la bebida en el momento de apurar la jarra, que, dicho sea de paso, con generosidad y cierta complicidad nos rellenaba el hermano mayordomo, que se encargaba de sacar las viandas desde la cocina hasta el refectorio, empujando muy despacio un carrito cargado de soperas y fuentes que recorría todo el perímetro del recinto haciendo parada en cada bancada para depositar las viandas que los comensales habíamos de repartirnos como buenos hermanos sin derecho a repetición. Aquel personaje me recordaba al *"Jorobado de Notre Dame"* que, con su chepa al hombro y embutido en los hábitos con capirote incluido en tiempos de mucho frío, paseaba su anonimato lenta y parsimoniosamente por aquella enorme estancia medio vacía.

Durante las comidas no se hablaba, solamente se comía y se escuchaba al lector, que subido en un púlpito de piedra, incrustado de obra para tal propósito, a media altura, en los altos muros del recinto, al cual se accedía por una estrecha escalera también de piedra, leía pasajes variados de literatura teológica, excepto los domingos y festivos, que se ponía música sacra en un viejo reproductor de sonido con discos de vinilo, al gusto del padre Prior; pero alguna de mis estancias coincidió con la ausencia del abate don Ildefonso, que por razones del cargo, tenía que viajar incluso al extranjero, entonces, el hermano Eulogio, encargado como ya dijimos de la liturgia en calidad de monaguillo y de las visitas culturales, y también el más joven de todo aquel cónclave, aprovechaba la *"vacatio potestas"* del padre prior y ponía música más ligera y desenfadada con el beneplácito de los demás o al menos eso parecía.

Para corroborar la razón de mi dicho, he de añadir que en una ocasión, Diana, mi mujer, coincidió en el avión con el padre Prior que venía de regreso en un vuelo desde Bogotá.

El refectorio era un recinto rectangular grande, con techos altos de madera labrada y tres lámparas colgantes de hierro colado a modo de araña que iluminaban tenuemente aquella bóveda rematada con algún vitral que solamente dejaban pasar una luz muy tibia, consiguiendo de esta manera una atmósfera de recogimiento y penumbra en donde lo importante no era la rala cibaria, sino la reflexión en torno a la lectura de aquél que, subido en las alturas, se desgañitaba para hacer llegar sin eco las enseñanzas y reflexiones recogidas en mamotretos cargados de doctrina y envidia eclesial. El mobiliario era simple y minimalista (concepto estilístico muy antiguo hoy puesto de moda), pues en torno al rectángulo de la noble estancia, había un banco corrido de madera, colocado a su vez sobre una tarima perimetral también de madera al que se le anteponían unos pupitres de tabla desnuda con capacidad cada uno para cuatro o cinco comensales y, en el lateral de la parte más estrecha, es decir, enfrente de la salida de las cocinas, había un pupitre corrido central en donde se acomodaba el padre prior y, a su izquierda, el padre organista, que era el mayor de aquella cofradía de monjes benedictinos y que lucía una joroba prominente que le dificultaba sobremanera los andares y por supuesto el manejo de la pianola, mientras que la mano derecha quedaba reservada para alguna visita ocasional a quien el Prior quería honrar colocándolo a su vera.

El problema de aquella estancia tan austera era que no tenía calefacción y, si bien en verano era agradable, en invierno el frío arreciaba y la única forma de combatirlo, aparte de la ropa de abrigo, era libar con fruición tremendos tragos de aquel vino clarete que hacía las delicias de comensales con sotana o hábito, y de nosotros, huéspedes de carrera, que luchábamos contra la austeridad a como diere lugar, con el fin de acumular fuerzas para el estudio continuado durante catorce horas diarias, pues esa era la única forma de darle una última lectura a más de cuatrocientos cincuenta temas durante los 12-15 días inmediatamente anteriores a la fecha del examen.

Mi amigo José Luís, fue quien me introdujo en el mundo de los monasterios como metodología infalible para hacer cundir el tiempo lectivo; finalmente, después de doce años de sucesivas intentonas, aprobó las oposiciones a Fiscales del Estado, y entre otras cosas, me dijo que la única forma de aguantar el silencio de aquellos cenobios y tantas horas seguidas de estudio, era asistir a la denominada "*Liturgia de las Horas*" (Maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas), es decir, a todos los rituales de aquellos monjes devotos que puntualmente y sin falta, acudían solícitos a todas las citas que diariamente estaban obligados a celebrar por mandato de la Orden Benedictina, incluyendo la misa diaria, para la cual, los que eran ordenados sacerdotes, concelebraban una misa preciosa con todos los atuendos de rigor, y los demás, contritos y recogidos, acolitábamos la celebración, contestando con el "*libro de las horas*" en la mano a todos los párrafos del típico diálogo que se entabla entre celebrante y cofrade, acompañados siempre de las notas del órgano eléctrico del padre Manuel, el vejete jorobado, a quién le quedaban muy pocas fuerzas para tocar aquel artilugio en cada celebración, porque además, no eran pocas como se ve, pues téngase en cuenta que, según llegas, dependiendo de la hora del día, te enganchas a lo que toca según la hora.

Todo comienza con MAITINES, a las seis de la mañana, y a ver quién es el valiente que se levanta en medio de la oscuridad invernal, en ese frío intenso de un mes de enero (por poner un ejemplo) a rezar al Dios todopoderoso, en ayunas, para luego volver a encunarte hasta las ocho de la mañana, hora en que tocaban para LAUDES y después venía el frugal desayuno. Luego, a media mañana, tocaban a SEXTA, y todo Cristo debía abandonar las labores del momento para asistir impecable al rezo breve, con cántico incluido, de aquella hora inoportuna, hasta que antes de comer, llegaba la hora NONA, con más de lo mismo, y ahí veías a los hermanos currantes, sobre todo los de las labores campestres, atacados de premura y totalmente desaliñados, dispuestos a pasar de soslayo el trámite de un rezo mas entre varios; luego comíamos y después venía la siesta. Avanzada ya la tarde, tocaban a VÍSPERAS y luego, sobre las veinte y treinta horas, MISA, para continuar inmediatamente con la cena y, finalmente, llamaban a COMPLETAS, que incluía un cántico de cierre que se llama “*Salve Regina*”, dedicado a la virgen, que a mí me resultaba precioso y conmovedor, pues todos girábamos el cuerpo un cuarto de vuelta para contemplar cantando una estatuilla preciosa policromada de la virgen con niño que había en una hornacina en lo alto de una de las paredes de aquella capillita de diario.

Los monjes Cartujos suelen celebrar todos los momentos (ocho) de la liturgia de las horas completos y más bien largos, el resto de instituciones monásticas suprimen prima, tercia y sexta o agrupan prima y tercia con sexta y también cambian las horas para hacerlo menos penoso y por tanto más cómodo, pues no es fácil levantarse de la cama a las 23:30 para celebrar maitines y laudes tal y como aún hoy hacen los monjes cartujos de acuerdo con sus normas.

Toda esta liturgia está pensada originalmente en latín clásico, veamos una muestra: “*Prima pars diê est mâne (maitines), pars postrema vesper (vísperas). Diês in duodecim hôrâs dîviditur. Ab hôrâ primâ diês initium facit. Hôra sexta (sexta), quae hôra media est inter hôram primam et duodecimam, merîdiês nôminâtur. Hôra sexta vel merîdiês diem dividet in duas aequâs partes: ante merîdiem et post merîdiem. Merîdiê sôl altissimus in caelô est. Sex hôrae sunt dîmidia pars diê*”.

La austeridad de la que venimos hablando se acentuaba cada vez que se ausentaba la cocinera, pues no había sustituta para el día libre, así es que había que someterse al rigor culinario del monje voluntario, que de buena gana se atrevía con tal menester a sabiendas de que por mucho que se esmerase aquello no iba a resultar medianamente digno. Pero lo peor era cuando al padre Mateo, mi amigo, entendido en setas como ya dijimos, le daba por guisar la recolecta que realizaba en la mañana libre que cada uno semanalmente tenía para sí.

Ni qué decir tiene el susto generalizado que se veía en las caras de todos aquellos monjes resignados a tragarse el quizás letal condumio, elaborado por el referido cura revestido de autoridad científica y reconocido prestigio en la materia y, por supuesto, elaborado con la mejor intención, esto es, la de agradar a sus cofrades, muy a pesar de que la duda de supervivencia campaba silenciosa por todo el recinto, pues ya ocurrió en una ocasión, que hubieron de ingresar en el hospital a un incauto monje que, confiando en exceso en las artes culinarias micológicas del prestigioso tonsurado amante recolector de setas, se jartó de ellas y fue víctima ingenua de una intoxicación del carajo. *¡Fíate de la Virgen y no corras!* musitaba

con sorna aquel monje superviviente, cuando paseaba por el claustro, encapuchado y envuelto en la cogulla monacal, antes de vísperas, recordando en voz baja los pasajes trágicos de tan descomunal envenenamiento.

Los monjes en cierta forma se autoabastecían, pues aparte de la pensión del Estado, que según la edad y el período cotizado que cada uno de ellos percibía, el hermano Javier se ocupaba de la huerta y el hermano Francisco aviaba todo lo referente a la animalandía doméstica, en la cual, entre todos los renglones ya mencionados de esa fauna monástica destacaban las gallinas.

La huerta era cada temporada de diferente tamaño, según las ganas, los medios materiales y el criterio técnico que aquel año tuviese el sumiso horticultor, del cual dijimos que se trataba de un hombre bajito, maduro y fuerte, pero la verdad es que ninguno de ellos contaba con ayuda y sólo se apoyaban en unas viejas herramientas y algún que otro artilugio de factura casera que a duras penas les facilitaban el trabajo de la tierra y el levantamiento de los animales.

Su compañero, mucho mayor que él, alto pero encorvado y con unas gafas grandotas más antiguas que el modo de andar a pie, según dije más arriba, lidiaba con mucha dedicación y esfuerzo, con pelo y pluma y, además, tenía la obligación de que, una vez envejecidas las gallinas ponedoras, tenía que matarlas, congelándolas en grandes arcones frigoríficos para así sustituirlas por otra camada nueva, pero para ello, el referido monje se ideó un procedimiento de lo más estrafalario y escandaloso del mundo:

Al lado del gallinero, en medio de la parcela monacal, es decir, al aire libre, cogía las gallinas y las colocaba sobre un tocón de madera idéntico a esos que utilizan los carniceros en sus dependencias y, sin ningún miramiento, con un hacha en la mano derecha, las agarraba del pescuezo con la otra y las decapitaba de un golpe seco contra el tocón de madera; luego caían al suelo y en consecuencia, aún vivas, daban saltos por todo aquel solar que quedaba irremediablemente manchado por un reguero de sangre que incluso le salpicaba a él mismo, quedando el muy despiadado y devoto verdugo, manchado de sangre hasta las orejas, de tal forma que luego, para pelarlas, es decir, para quitarles las plumas en caliente, se había inventado un artilugio motorizado, que consistía en un tubo largo en donde incrustaba unos chupones de goma de tal forma que arrimando el animal muerto o aún tembloroso lo más próximo a los chupones giratorios, empezaban a volar plumas por doquier, cubriendo todo el entorno, incluso al mismo monje, que ya untado hasta la saciedad de la sangre pajarera, era presa fácil para captar todas las pavesas del plumaje volador que terminaban por forrarlo entero y, de esa manera, tenías servido ¡el más rocambolesco espectáculo monacal del mundo! al ver *un espantajo con gafas emplumado de blanco*, que se movía como un zombi en medio del escándalo gallináceo que armaban esos pobres animales aspaentados al verse en medio de una implacable carnicería asesina al aire libre.

Al terminar el exterminio avícola, el área de terreno monacal en donde se realizaba la terrible escabechina, quedaba repleta de cabezas y plumas esparcidas por doquier durante varios días hasta que una vez superada la tragedia y las labores de evisceración y congelación, el hacendoso monje pecador recogía aquellos restos y todo volvía a la normalidad. De todo ello me percaté un día cualquiera, pues desde mi celda, muy temprano, empecé a escuchar un

cacareo desmedido y ensordecedor de gallinas desesperadas, escandalizadas y aterrorizadas al ver a un individuo grande, bípedo, que al principio ataviado con un mono verde y luego disfrazado de plumas blancas, arremetía contra ellas, hacha en mano, con ahínco y total decisión, cortando pescuezos y pelando pellejos a golpe de chupones movidos por un motor eléctrico que giraba sin parar.

De ahí en adelante comenzaban en el refectorio grandes jornadas culinarias de recetas con gallina, entre las que destacaba la *“gallina en pepitoria”* que bien preparada, con su majado de almendras y yemas de huevo duro, hacía las delicias de todos los moradores del cenobio.

El monasterio es una construcción que data del siglo XIV, cuya fundación se debe al rey don Juan I para cumplir el voto hecho en el lecho de muerte a su padre don Enrique II de Trastámara (antepasados inmediatos de doña Isabel la católica) y que se puso al cuidado de la Orden de los Cartujos, por tanto, entre otras estancias, conforme a la costumbre cartuja, tenía una hospedería que aún se conserva cerrada, pues su explotación ha estado cedida a varias cadenas hoteleras y, en una ocasión, incluso me tocó echarle una mano al padre Ildelfonso en el momento de la renovación de aquel contrato de explotación hotelera.

La instalación monástica tiene dos claustros preciosos, el viejo no se usa y sus alrededores están en ruinas, el otro es el típico cuadrado monástico de dos alturas cuyo eje o centro es el claustro con sus cuatro pandas o naves, con un jardín-cementerio a un lado, al aire libre y un templete en el centro del jardín, que tiene en su interior una fuente de agua y en cuyo frontispicio hay un reloj de sol que a la hora de pasear, uno no se cansa de mirar y de comprobar las horas que, además, son exactas: *“ab ortu”* y *“ab ocasu”*, siempre y cuando luzca el sol, claro. En el contorno del cuadrado está la gran bóveda claustral sostenida por columnas decoradas con escenas variadísimas de la vida cotidiana y religiosa, que da paso a las celdas de los peregrinos y encima se encuentran las habitaciones de los monjes y un área reservada para ellos; el resto del perímetro se distribuye entre las antiguas celdas, de las cuales una se conserva en perfecto estado y también hay una capilla de diario, una biblioteca y un salón con un mobiliario bastante sobrio. Desaparecieron el resto de las instalaciones típicas de un monasterio que desde su fundación medieval siempre se han autoabastecido, dígame la enfermería, el molino, la fragua, el palomar, la granja, los talleres y alguna estancia como la panda de los conversos o de la cilla, que vivían independientes, el zaguán de la cilla y algún que otro lugar de culto como la panda capitular o dependencias como la panda de novicios entre otras.

En aquella recoleta capilla es en donde se celebran todos los rezos del día, porque en la iglesia mayor resultarían muy deslavazados o desabridos, al tratarse de un espacio demasiado grande para *“cuatro gatos”* como popularmente se dice. Esa iglesia mayor se encuentra junto al claustro, de la cual cabe destacar el retablo mayor, gótico, construido en alabastro policromado y, destaca sobre todo, el santuario del trasaltar o transparente, de estilo churrigueresco, que es una capilla octogonal con columnas de mármol rosado preciosas y, finalmente, destaca sobremanera la reja que da acceso a la iglesia, que es del siglo XV, cargada de remates de cestería, efigies y escudos. Podemos decir que el monasterio en su conjunto conserva muestras de las diferentes épocas en que se construyó y reedificó; se pueden ver elementos góticos, platerescos, renacentistas y barrocos.

El monasterio está situado en el centro del Valle del Lozoya, río que viene bajando por la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, de tal forma que para regresar camino de Madrid, hay que subir hasta Valdesquí por una carretera estrecha y luego cruzar el puerto de Navacerrada, completando así, hasta llegar a la capital, un recorrido de ochenta kilómetros aproximadamente.

Se cuenta que cuando Carlos I (V de Flandes) se dirigía hacia Argel con la llamada más tarde Armada Española en el año 1541, se levantó una borrasca tan espantosa que el propio Andrea Doria le manifestó sus temores de acabar naufragados, a lo que el rey contestó: “No, no os preocupéis, no pereceremos, ya que a esta hora misma están orando por nosotros los cartujos del El Paular”, pues lo cierto es que el Emperador pasaba grandes temporadas en este monasterio dedicado a la meditación y al recogimiento.

Creo recordar que toda la comunidad monástica una vez al mes o con cierta periodicidad espaciada en el tiempo, salen de excursión y yo, aprovechando tal ocasión, de buena gana invité a toda la comunidad a comer en mi casa; aceptaron la invitación de inmediato y un sábado de no sé qué año los tuvimos a casi todos en casa, vestidos de paisano, disfrutando de lo lindo las viandas que con mucha ilusión les preparamos mi mujer y yo. Aquella jornada gastronómica resultó entrañable para nosotros, al ver aquellos monjes alegres, dicharacheros y desinhibidos, disfrutando de nuestra recíproca amistad en medio de uno de los más primigenios placeres terrenales.

Tengo pendiente regresar a pasar al menos un fin de semana por aquel remanso de silencio y tranquilidad aparente (véase sino el cisma), pues dicen que “*recordar es vivir*” y de paso, pretendo visitar la tumba de mi difunto amigo Mateo, a quien Dios dé Santo Paraíso, pues debe de estar enterrado en aquel precioso jardín-cementerio como tienen por costumbre los monjes, en medio del claustro de aquella grandiosa instalación en donde el sol aún sigue reflejando desde antaño las horas del día en aquel reloj mural del templete plagado de versos de Jorge Manrique labrados en las piedras más que centenarias de aquella portentosa cartuja.

No quiero pasar adelante sin aclarar que esta crónica es una experiencia real, por tanto, algunos de sus protagonistas tal y como quedan mencionados en ella, a estas alturas habrán muerto y puede ser que otros aún vivan, así es que al afortunado lector se le ruega y exige absoluta discreción y recato a la hora de guardar la confidencialidad de todo cuanto se dice en ella.

MONASTERIO DE LA MADRE DE DIOS (Cisterciense)

BUENAFUENTE DEL SISTAL (Guadalajara)

El padre Mateo tenía muy buenas relaciones con los hospederos (as) de casi todos los Monasterios y Conventos de España, así es que para variar o cuando no tenía disponibilidad, yo le pedía que me recomendase a todos aquellos en donde pudiese cumplir mis objetivos de estudio intensivo para preparar las odiosas oposiciones a Jueces y Fiscales del Estado. Otras veces, me saltaba al padre Mateo y por recomendación directa de las mismas monjas o monjes de aquellos lugares a los que asistía, ampliaba el abanico de cenobios y allí me presentaba con

el mismo y agotador fin: estudiar hasta la saciedad y, en la medida de lo posible, vivir una experiencia monástica diferente.

En una ocasión fui a parar a un lugar recóndito donde los haya, en plena estepa de la provincia de Guadalajara, pegando con el río Tajo. Era un pueblecito o más bien un caserío llamado Buena Fuente del Sistol, en donde, al final y a ambos lados de la estrecha carretera habían: cuatro casas, una residencia de ancianos, una hospedería que regentaba una señora muy amable y algo tímida, que siempre tenía los mofletes de la cara enrojecidos, una casa de retiros moderna y muy bien construida, que dependía del cura que atendía el culto en aquellos parajes y, finalmente, en donde acababa la carretera estaba el Monasterio cisterciense de monjas acogidas a la regla de San Benito, un edificio en gran parte reconstruido, de planta decimonónica, muy recoleto y bien conservado, con una fachada pintada de amarillo suave, que brindaba en su conjunto una imagen agradable y muy integrada en el paisaje seco de aquella meseta esteparia.

Tenía aquel convento lo que casi todos tienen hoy en día: una nave central con los aposentos monacales, pero no lo que se llama el cuadrado monástico, un añadido para albergar a los huéspedes en una cómoda y limpia hospedería, una huerta y una iglesia preciosa que abría sus puertas a la calle, muy a pesar de que no había público que asistiera a aquellas celebraciones diarias, pues como he dicho, el censo de población residente o resistente era mínimo, salvo los fines de semana, cuando acudían visitantes de los cuales unos pernoctaban en las diferentes instalaciones que he mencionado y otros eran meros transeúntes que, creyentes o no, hacían bulto a la hora de los oficios religiosos, pues aquellas monjas tocaban con enorme destreza el clavicordio y, además, cantaban como los ángeles, de tal forma que, en medio de un camino final de obligado retorno, el espíritu se regocijaba con aquellas generosas ceremonias religiosas que hacían las delicias de los variopintos visitantes que adrede o por despiste aparecían en aquel final inusitado con el río Tajo al fondo por frontera.

Aquel río estaba a unos doscientos metros del Monasterio en línea recta, bajaba encajonado entre unos acantilados profundos cuya panorámica desde arriba es un espectáculo de la naturaleza. Allí, entre las rocas y los cantos, me alartijaba y me aletargaba después de comer, escuchando el silencio del entorno en donde sólo se oía el tenue paso del aire entre las rocas que soplaban suave y frío, junto con tu propia respiración, nada más, pues aquella vegetación era monte bajo y si acaso pasaba algo, era un pájaro grande subido en las alturas de un cielo inmenso que te regalaba una luz potente y el calorcito de los rayos del sol en pleno invierno.

Buena fuente del Sistol es un caserío aislado, sin bar y sin punto de encuentro como ya advertí, así es que para ver civilización debías coger el coche y cruzar esos pinares asolados para llegar a la primera localidad en donde sólo había un bar con cuatro paisanines acodados en la barra, que se calentaban con aquellas estufas de leña que se ponían en el centro del local con su chimenea de aluminio que atravesaría toda la casa por el centro hacia arriba, digo yo, y repartían el calor por toda la estancia sin hacer humo, pues eran muy limpias y efectivas. Nunca volví a ver ese tipo de calefacción que por lo demás era muy común en pueblos y aldeas por aquella época; aunque, curiosamente, hace bien poco, mi amigo Luís, *el Mielero o Gigi el amoroso* para los amigos, aunque el cura Alejandro le llama *Tigretón*, pues es como un muñeco grande de ojos azules cargado de simpatía y buenas intenciones, me invitó a su

pueblo, perteneciente precisamente a la provincia de Guadalajara, y allí pude comprobar con sorpresa y alegría que aquellas estufas existían y aún funcionan a la perfección, pues una la tenía instalada en la segunda planta de su casa y otra la vi en el bar del pueblo, la cual encendí yo personalmente, pues como clientes, sólo éramos él y yo, ya que teníamos las llaves del local, dado que pertenece a la Asociación de vecinos y funciona a manera de Cooperativa la mar de bien. ¡Qué maravilla!

Aquel recóndito Monasterio era ideal para estudiar pues estaba aislado de todo, pero la verdad es que era un sitio aburrido, sobre todo porque no existía el contacto humano, las monjas eran de clausura y apenas las veías detrás de la reja de la iglesia a la hora de la misa; el cura era más bien parco y huidizo y aquella buena mujer encargada de la casa de acogida era muy recatada y triste, por lo tanto era muy poco lo que podías hablar con ella. Creo recordar que regresé un par de veces más y luego decidí frecuentar otro monasterio de monjas benedictinas, también en la provincia de Guadalajara denominado Real Monasterio de San Juan, en:

MONASTERIO DE SAN JUAN (Benedictinas)

VALFERMOSO DE LAS MONJAS (Guadalajara)

Es una construcción restaurada, de estilo románico, que data del siglo XII. Está situado en el valle del río Badiel, un riachuelo que recorre un vallecito verde precioso, plagado de árboles altísimos (chopos, álamos, abedules, sauces, Etc.) y parcelas roturadas y sembradas, salpicadas con casas de labranza repartidas por todo el contorno pertenecientes a dueños que viven en pueblecitos pequeños a lo largo del valle: Utande, Muduex, Miralrío y, a un kilometro exacto del Monasterio se encuentra Valfermoso, con su iglesia, su fuente de agua corriente y una plaza mayor pequeñita en donde no se veía un alma, pues aquella localidad estaba casi vacía, creo que tiene censados veinte habitantes y de allí es Sor Josefina, una monja alegre, dinámica y muy simpática, que luego vino a desempeñarse como Abadesa, una vez fallecida Sor M^a del Pilar en 1993, la que fue Madre superiora de aquel convento cuando yo solía ir, en donde además, se conserva un documento descubierto por el afamado filólogo D. Rafael Lapesa: *“El fuero de Valfermoso”*, considerado como uno de los primeros manuscritos de la lengua castellana, junto con aquellos incunables de Berceo que se encuentran en los monasterios de Suso y Yuso en la Rioja.

Se trata de un cenobio muy alegre y concurrido, con una hospedería bien atendida, situada en la segunda planta de un lateral del claustro, con unas vistas preciosas al valle, de tal forma que cuando levantaba la cabeza apartándome de los libros, me quedaba mirando los árboles del fondo que se mecían despacio con un viento suave en verano y aproximaban sus copas unos a otros como si hablasen entre ellos. Algún día llegué a pensar que estaban enfadados y que por momentos discutían con ahínco y cabezonería, pues alternaban balanceos rápidos y lentos seguidos de pausas y absoluta quietud. Aquello se convirtió para mí en un divertimento relajante, pues en medio de tanta lectura, mirándolos desde la ventana, empecé a ponerles nombres y a adivinar si se trataba de macho o hembra, a uno muy grande y algo necio le puse Robustiano, a otro que parecía hembra Madreselva, a uno muy delgado Sílfides y a otro más bien ralo y con pocas hojas le llamé Palitroque y así sucesivamente; lo que pasaba luego es que los confundía y cuando caía en la cuenta de que estaba haciendo el gilipollas, pues volvía al

odioso libro y dejaba el recuento para más tarde. Hay que ver las tonterías que hace uno en medio de la soledad, el silencio y la hartura de códigos y leyes, aunque dentro de lo malo, siempre agradecí a aquellos árboles amigos que me permitieran hacer el tonto divagando unos minutos a solas con mis hipotéticas cuitas de dimes y diretes forestales.

Las monjitas respetaban todas las horas de culto obligatorias según la orden benedictina, con la ventaja de que lo hacían más rápido y por tanto las sesiones eran más cortas, excepto la misa que sí era completa, cantada y sin recortes.

Como ya anticipé, por fortuna conseguí hacer amistad con el reverendo cura, digno Arcipreste que, además, era muy entendido en el arte románico de la zona. A la hora de comer y ocasionalmente a la de cenar, pues él vivía con su madre en uno de esos pueblos y no venía todos los días, nos quedábamos en el refectorio a tomar café un rato largo y aprovechábamos para largar la parrafada que viniese a cuento hasta que uno de los dos levantaba la sesión con la esperanza de volver a encontrarnos más adelante, y así ocurrió, pues este tozudo opositor regresó varias veces por aquellos parajes y, finalmente, a golpe de café y algún que otro cigarrito de sobremesa, conseguimos conocernos mejor y compartir ratos agradables de cháchara barata y nada mística.

En aquel Monasterio coincidí en un par de ocasiones con un compañero de oposiciones y hópote habitual que optaba a notarías, se llamaba José Cruz, era mayor que yo y también más antiguo en el oficio de *"muerto civil"*, pues un opositor no es otra cosa más que eso, y no sé a cuento de qué era el caprichito de las monjas, pues lo cierto es que aquel personaje era repeinado, soso y antipático, bastante engreído y por lo que pude averiguar, eterno opositor, pero la peña monjil le profesaba gran admiración y respeto; quizás el ínclito huésped iba bien cargado de dádivas para aquellas almas penitentes que se lo agradecían con efusivas muestras de cariño y afecto. Para mí estaba aparentemente claro que el individuo era pudiente y andaba de señorito y de sobrado alardeando de generoso y solidario frente a aquellas féminas de toca y encierro.

Si algo había bueno en aquel cenobio era la comida, esas domnas guisaban de maravilla, recuerdo sobre todo unos albondigones de puré de patata rellenos de carne picada y rociados con una salsa deliciosa que no parabas de mojar con pan de pueblo crujiente y recién horneado; siempre te preguntaban si querías repetir y, allí estaba yo, muy comedido, con carita de glotón diciendo que sí, y yo, para mis adentros, me animaba a mí mismo recordando aquel monje del chiste que al ver que en el monasterio comenzaban a morir algunos monjes, contestó al padre prior que los había convocado al efecto para tomar medidas: *¡caiga quien caiga y muera quien muera, que sigan los albondigones!*

Esta historia debería continuar camino de Segovia, en donde se encuentra el Monasterio de **Santa María del Parral**, que son monjes jerónimos, al cual acudí varias veces y la última fue cuando hice el Camino de Santiago, pues saliendo de Madrid, son cien kilómetros andando hasta Segovia capital, con parada obligada en Manzanares el Real, a cincuenta kilómetros de Madrid, pues aunque hay gente caminante que hace esa excursión de un solo tirón, un peregrino como yo hizo noche en el albergue de Manzanares para luego continuar camino de Castilla la vieja cruzando el puerto de la Fuenfría por la antigua Calzada Romana, con dos

cojones y un palito llamado bordón, haciendo parada y fonda, caída ya la tarde, en este precioso monasterio.

Luego viene **San Jerónimo de Yuste** en Cáceres, el cual quedó mencionado más arriba cuando recordábamos al emperador Carolus V y fue donde más hambre pasé, porque eran unos monjes cartujos de los más austeros que existen en la tierra, pues el padre prior, que se llamaba Fray Ignacio, era una roca impertérrita, por insensible y hierático (dormía aparte de los demás, en una celda que estaba justo a la entrada del recinto nada más subir unas escaleras, en una cama de tablas sin colchón y sin almohada) cuya obsesión era cumplir a rajatabla su regla propia llamada Estatutos, que difieren bastante de la Orden de San Benito, que es la más generalizada, y claro, allí fui yo a parar, en medio de aquellos pobres frailes devotos y sumisos, mirando todos al suelo cuando andaban y sin musitar palabra, dado el terrible voto de silencio que el tonsurado Ignacio se empeñaba en hacer respetar, y, además, mal comiendo, porque al parecer esa era la voluntad de Dios en la tierra.

Tengamos en cuenta que los cartujos no comen carne. En Adviento y Cuaresma prescinden también de los alimentos lácteos. Una vez a la semana, generalmente los viernes, toman sólo pan y agua. Desde el catorce de septiembre hasta la pascua, hacen una comida diaria, más un panecillo para cenar. El resto del año, tienen dos comidas diarias, una a media mañana y otra por la tarde. Esta orden la fundó San Bruno en el año 1084: *¡Vaya si ha llovido hambre ociosa desde entonces!* Pero antes pasaremos por **Nuestra Señora de Guadalupe** también en Cáceres; luego iremos a **Santo Domingo de Silos** en Burgos, en donde se cantaba todos los días un canto gregoriano precioso con atril giratorio y libro de vitela con pentagrama gigante en medio del coro; luego iremos a **San Isidro de Dueñas**, un monasterio muy antiguo que data del siglo VI, perteneciente a la orden del Císter y gobernados por las reglas benedictinas; le llaman “La Trapa”; los mojes tenían una fábrica de chocolate que así se llamaba y la vendieron en 1960; aquí también se canta gregoriano. Pasaremos también por **San Salvador de Leyre** en Navarra y alguno más que en su momento recordaré; así es que esta crónica no acaba aquí, continuará contando las andanzas monásticas de este sufridor impenitente, que con algo de ilusión, poca fe y mucha ingenuidad, emprendió un día el camino de la *muerte civil* que por poco acaba conmigo y con la economía doméstica, pues digámoslo de una vez, la broma duró algo más de tres años y medio hasta que la cruda realidad se interpuso en mi camino de peregrinación monástica y todos mis esfuerzos se fueron al garete; sólo me quedan en la cabeza un conjunto mastodóntico de leyes y reglamentos hoy casi todos derogados, junto con estos recuerdos y experiencias que ahora después de muchos años me dispongo a relatar. ¡Manda narices la carga de leña!